

# La civilización del maíz y el calendario en Yucatán

Francisco Pérez de Antón

La carretera que desde Cancún conduce a Chichén Itzá es una estrecha faja de cemento, sin curvas ni desniveles, flanqueada por el verdor de una sabana infinita. El sol fustiga una vegetación chaparra, de árboles agazapados, maleza reptante y palmas secas. Árboles de ramas desnudas bosquean y se retuercen en el aire, como si, bajo los pies, las rocas les estrujaran las raíces. Apenas se ven cultivos.

Tampoco vida animal, salvo los mosquitos que se estrellan en el parabrisas o mariposas de vuelo tardo, blancas y azules. A veces un oscuro manchón, salpicado de muñones vegetales, atestigua el paso del fuego. Y sólo el resplandor de algún flamboyán, cargado de flores, dilata las pupilas del peregrino.

El tedio y el calor devoran kilómetros sin prisa, al paso del viajero,

los ojos a medio cerrar, observa las docenas de casas abandonadas que tachonan la carretera. Son ranchos diminutos, de un solo cuarto, sin techumbre ni ventanas. Sus dueños han emigrado a otras regiones y los que se han quedado aquí parecen esculpidos en la fronda, absorbidos en un mundo inerte sin reloj ni calendario.

El viajero se adormece e imagina cómo debió ser esta travesía, hace un milenio, cuando los mayas abandonaron el Petén y, por el Sur, el Este y el Oeste, emigraron a esta tórrida península. Y piensa que sus motivos, quizás, fueran tan poderosos como los de quienes se encaminan hoy hacia el Norte, en busca de otra tierra prometida.

¿Qué fue lo que los trajo a este lugar inhóspito y sediento? ¿Acaso no tenían en el Sur la tierra fértil, los grandes ríos, el agua?

*Francisco Pérez de Antón.*  
Escritor y periodista español radicado en Guatemala. Este artículo fue publicado en 1996 para *Firmas Press*.

Al pasar por Valladolid, el viajero observa una señal de tráfico que apunta en dirección a un cenote. No es la primera vez que ve. En Yucatán, el agua es una deidad escondida que roe las entrañas del subsuelo y sólo se deja ver cuando la tierra se hunde. El hombre corre entonces a rendir culto al pozo, hacer las ofrendas, fundar cerca una ciudad o convertirlo, como éste, en espectáculo para turistas.

Al rato, una violenta cabezada despabila al viajero justo cuando la pirámide de Chichén Itzá aparece a un costado del camino. Desde cualquier ángulo que se la mire, tiene una perfección inaudita. El viajero

olvida entonces las horas de sopor a la espera de esta cita con el tiempo detenido en un colosal calendario de piedra.

Bajo un resol implacable que le reseca los labios y pone a prueba su abstinencia, el peregrino se engolfa en un juego de palabras. Petén Itzá, isla de los brujos del agua; Chichén Itzá, en la boca del pozo de los brujos del agua; Itzamná, el que posee la sustancia del cielo, la lluvia, el agua. Debe ser el calor, se dice, mientras emprende el ritual de la subida. No mira atrás para evitar el vértigo. Tampoco arriba para no perder el ánimo. Pero cuenta, eso sí, las gradas. Son noventa y una, que



multiplicadas por cuatro escaleras suman 364. Y cuando alcanza la plataforma del templo, el peldaño 365, el viajero extiende la mirada por la ciudadela.

Chichén es un lugar espartano y adusto, comparado con la ateniense Tikal. Falta el carisma, la altura, la presencia de lo sagrado. La grama blanquea en la plaza asfixiada por la cal. Y el templo de los guerreros, el friso de las calaveras, el cenote de los sacrificios, el ceñudo Chac Mool, en cuyo regazo se depositaban los corazones de las víctimas propiciatorias, y más allá, el templo de los falos, evocan una cultura regida por el despotismo castrense y los sacerdotes del culto solar.

Entre jadeos y sudores, el peregrino asume entonces afligido lo que hasta ahora sólo sabía de leídas. Y es que la sabiduría maya sería desplazada aquí por una cultura vecina, la tolteca, que imploraba a los dioses agua de vida mediante una liturgia de muerte. Los itzaes, últimos depositarios de aquel sabor, habían anticipado ya esa decadencia. Vendrá un tiempo, escribieron, en que se amontonarán las calaveras, llorarán las moscas en los caminos y el desorden será manifiesto. Y ese día llorarán también los itzaes, cuando huyan de Chichén y peregrinen sin rumbo por la tierra llana.

Las lúgubres palabras del profeta parecen flotar aún sobre el ondulado

verdor de la sabana. El derrumbe se hallaba ya cercano. Algunos años después, el pueblo mataría a sus dirigentes y abandonaría los centros ceremoniales. Las naciones se volvieron tribus, los guerreros se trocaron en caciques y los sacerdotes en hechiceros. El calendario —la ciencia— sería desplazado por la magia: el saber por la superstición.

Y así, la antigua cultura, desposeída del logos, el porqué de las cosas, se desintegraría en comunidades parecidas a las que el viajero ha observado en el camino. Las huellas de una gran civilización quedarían en pie para asombro de los siglos. Pero la vida del espíritu había muerto.

El viajero emprende el descenso de la pirámide con temor de rodar gradas abajo y estrellar sus deshidratadas carnes sobre las cabezas de serpiente que decoran la base de la escalera. Una vez en tierra, sin embargo, no puede dejar de admirar el monumento.

Mas no siente emoción ni arrebatos, sino sólo el pesar que provoca la perfección infecunda. He ahí, se dice, un almanaque insuperable, para un lugar donde el tiempo no cuenta. He ahí el preciso reloj de los meses y los días, abandonado en un mundo sin horario.

Aturdido por la insolación, el peregrino cree percibir entonces un rumor como de réquiem y, a través



de él, las palabras de Toynbee, recordándole que toda civilización al borde del colapso suele concederse una prórroga, pero que con ellas sólo se reemplazó un despotismo ilustrado por un despotismo a secas. La nueva minoría, dominante y brutal, sería incapaz de seducir al pueblo llano como antes lo había hecho una minoría creadora. La rebelión de las masas primero y, luego, la guerra entre clanes, darían paso a la anarquía. Y de resultas, la magna civilización del maíz y el calendario quedó reducida a una sociedad tribal y dispersa.

El peregrino busca refugio en una vaga melancolía histórica. Y de

regreso a Cancún, donde los sacerdotes del culto solar han construido hoy sus pirámides junto a una playa paradisíaca, no puede dejar de pensar en la aventura humana —génesis, auge, caída— como una sempiterna noria. ¿Se dirá mañana lo mismo de nosotros? ¿Perecerá nuestra civilización lo mismo que la de los brujos del agua?

El peregrino no sabe qué responder, ni tiene ganas de cavilar ahora. La caminata y el sol le han dejado exhausto.

Y sólo le queda vigor para observar, yerta la mente, el inmenso disco púrpura que se desploma sobre la infinita sabana yucateca. 

